



# PASOS

LUIS ALFONSO OTÁLORA BONILLA



Ulrika Editores





# PASOS

LUIS ALFONSO OTÁLORA BONILLA

poesía



Ulrika Editores



*Pasos*

Primera edición, Bogotá, abril de 2019

**ISBN: 978-958-9109-28-1**

© Luis Alfonso Otálora Bonilla

© De esta edición: Ulrika editores, Editorial Politécnico Grancolombiano

Carátula: Luis Alfonso Otálora Bonilla

Diseño y diagramación: Carlos Andrés Almeyda

Impreso en Colombia

*Printed in Colombia*

Bogotá D.C., 2019

*Prohibida la reproducción parcial o total de este libro en cualquier formato, sin el permiso previo y por escrito de los propietarios del copyright.*

## “HASTA DE MÍ MISMO EXTRAÑO”

HAY UN EXTRAÑAMIENTO de sí mismo en toda la poesía de Luis Alfonso Otálora. En sus versos indaga con cierto asombro, cierto desconcierto sobre el pasado. Y va más allá, dando otras vueltas a la tuerca, pues también pone en cuestión al recuerdo, uno, y, dos, a las palabras mismas que nos vemos obligados a usar para esta aventura. Con respecto a esto último, en esta poesía hay un testimonio valioso y fehaciente, sobre el poder de la poesía como curación, sí, y también como epifanía:

Escribo. Quizás la Poesía  
me devuelva el ahora me reponga  
los colores las formas tal vez ella  
recupere mis ojos para ver el instante.

Sin embargo, siempre la palabra es autoconsciente de ser, acaso, una verosímil, cuando no consoladora imagen de lo que podría llamarse realidad: “El mar que llevo dentro me separa del mar”, ha dicho hermosamente. Aún con lo frecuente, el poema que versa sobre el poema no es nada fácil. Sus peligros son la filosofía y la obviedad. Otálora se libró de esos riesgos en términos absolutos porque aborda el asunto desde su vida y sus cosas, un verosímil “yo” poético que habla desde su instante, desde su íntima carnalidad que asume el poema como habitación propia:

(...)

cuando el amor, el pájaro, la soledad y el árbol,  
cuando el poema,  
allí el mundo me habita  
y yo habito el mundo  
como a mi propia casa.

Las cosas que lo rodean impulsan sus reflexiones y sus imágenes, como la secuencia de poemas sobre un reloj de arena, un reloj que “descansa ocioso y mudo en una mesa / el otro, sin piedad, no se detiene”. Igual sucede con una lista de mercado convertida en poema. Actitud que me lleva a las palabras de Rilke en “Ronda”: “había sido capaz de juntar interior y exterior en un mismo espacio ininterrumpido en el cual se guardaba secretamente el lugar de la conciencia más pura, más profunda”. Palabras que me llevan a otros versos de Otálora:

Cómo me gustaría que la poesía fuera conmigo  
como el dulce murmullo del arroyo  
que se desliza entre las rocas  
el canto sencillo que no es agua  
pero que sin ella no sería.  
¿Serán dos o uno solo la canción y el arroyo?

Además de ese refundimiento entre las palabras y las cosas, hay otro, más profundo, más esencial, más imposible: la identificación de sí mismo como parte de la realidad, la subversión metafísica que significa borrar el yo, borrar la identidad de individuo:

Voy a reescribirme en esta tarde mansa  
y seré la tarde.

Voy a nombrarme en el fruto que cae  
 y seré la tierra  
 (...)  
 Me llamaré fuego  
 y seré las cenizas del incendio.

Otálora además de involucrarse a fondo en la dicotomía entre ser y verbo, rinde homenajes a algunos poetas como Alejandra Pizarnik, Alfonsina, Machado (“anoche fui Antonio Machado entre mis sueños (...) Anoche caminé con Machado (...) Anoche morí con Machado), lo lea:

Hoy he muerto todas las muertes de Federico  
 bajando por el camino a la quebrada  
 a las cinco de la tarde, en los campos, en el polvo  
 y me iba sin los ojos con los que había llegado.

Conmoveras, incómodas, lúcidas: eso son las palabras de Otálora sobre la guerra en este libro. Hace, por ejemplo, “Preguntas en medio de la guerra” (“¿cuántos caminos se han cerrado?”) y cuenta episodios con dolorosa sobriedad:

Cómo narrar las horas que llevaron los cuerpos  
   /hasta la dehesa  
 o el zumbido de las moscas y el silencio ferroso  
   /de los rostros mutilados.  
 Cómo se cuenta una desesperanza  
 y el curso opaco de una tristeza.  
 (...)  
 Cuánto atajo recorre tu nombre después de tantos años  
   /de la muerte

Padre, en mi cabeza, para que no te mueras otra vez.

¡Qué se puede contar si no hay palabras entre

/tantas palabras!

La enumeración es, tal vez, el recurso formal que más utiliza Otálora, en ocasiones, a la manera de las jaculatorias, encabeza cada elemento con la misma palabra o la misma frase, como en esa hermosa elegía que es “Otro poema a Abraham” (“Déjenme recordarle (...). Déjenme verlo en mí (...). Déjenme adivinarlo”), o como el “Poema de los objetos”, que termina:

¿Cómo llegó hasta mí

este pequeño espejo de dos lunas

hoy olvidado sobre mi mesa de noche?

¿Qué de mi historia guarda, de los dedos que lo asieron?

Objetos que me cercan.

Ellos tejen también la trama de mi fábula

DARÍO JARAMILLO AGUDELO